

ocupación y, bajo el vago y remoto protectorado que se atribuían, la casta dominante conservaba su independencia y prohibía á los extranjeros la entrada en las ciudades santas. En mil ochocientos ochenta y uno, la situación de la comarca era deplorable: las facciones desgarraban el país; los nómadas molestaban constantemente á los naturales; además, se probó á los mzabitas que habían vendido armas y municiones á los rebeldes del Sur-Oranés. En vista de todo ello, Francia dispuso la ocupación y anexión de las siete ciudades que allí había, empresa que realizó sin disparar un tiro.

Las tribus nómadas de los Imoglagh ó Imohgar, llamadas comunmente *tuaregs* (palabra árabe, que significa apóstatas) vagan por el Sahara, atravesándolo con sus caravanas, que escoltan los guerreros del rostro velado y la larga lanza. Los tuaregs vienen á ser los trajineros del desierto. Dedicarse también al bandolerismo, y considerándose amenazados en la doble industria que ejercen por la aproximación de los extranjeros, han opuesto siempre tenaz resistencia á la entrada de los europeos en el Sahara. De aquí los frecuentes asesinatos de misioneros y viajeros franceses, que se registran en aquellas regiones. Lo que más exasperó á los tuaregs fué ver extenderse la acción de Francia, por el sur argelino y tunecino, en el Sudán, el Senegal, Tombuctú y el lago Tchad; pues circunvalando de este modo el vasto espacio que ellos recorrían, dominaba los lugares en donde sus caravanas podían vender los géneros que llevaban y volver á avituallarse. Una serie de exploraciones hábiles y afortunadas, emprendidas desde mil ochocientos setenta y seis por Foureau, permitió conocer mejor á las tribus nómadas del sur-este argelino, y la misión Foureau-Lamy, atravesando el desierto de punta á punta, es decir, desde Argelia hasta el Niger, probó que una expedición bien organizada nada debía temer de ellas. En el oeste argelino, las campañas de mil ochocientos noventa y nueve á mil novecientos resolvieron una cuestión sumamente importante, pendiente tiempo hacía. Tratábase de saber si los oasis de la frontera marroquí, el Gurara (Rimimum), el Tuat (Timmi), el Tidikelt (In-Salah, Akabli) dependerían del sultán de Fez ó de la República francesa. La prolongación del ferrocarril desde Ain-Sefra; el establecimiento de puestos militares franceses á centenares de kilómetros al sur de Ghardaïa, la creación de un cuerpo de *meharistas* (tiradores montados en dromedarios) habían preparado la conquista de aquellos oasis. Llevada á cabo, la necesidad de vivir obligará á las tribus nómadas de los tuaregs á someterse á nuestros vecinos.

La declaración del protectorado de Francia sobre Túnez irritó al sultán de Turquía, que envió veinte mil hombres á Trípoli y mandó reforzar las defensas de esta ciudad. Precisamente en aquellos momentos, el mundo musulmán, conmovido ante las recientes derrotas infligidas por Rusia «al jefe de los creyentes», se agitaba desde los confines de Marruecos hasta los del Indostán; estallaba en Egipto la insurrección de Arabi; sublevaba el Mahdi el Sudán egipcio y la hermandad de los Snussya, cuyo tronco hallábase en Djar-

bub, y propagaba, de acuerdo con el sultán, la idea panislámica. Los franceses rehuyeron de herir los sentimientos del pueblo tunecino; ni siquiera entraron militarmente en la capital de la Regencia. En recompensa, el bey daba pruebas de la mayor docilidad. Su ejército, á las órdenes de su hermano Ali, cooperaba á la sumisión de las tribus rebeldes: los Krumirs, los Uchteta, los Mogod, los Mekua pidieron el *aman*. No obstante, retiradas por motivos políticos gran parte de las tropas acantonadas en el territorio de Túnez, la agitación tornó á surgir con más fuerza que nunca. A las puertas mismas de la capital, los indígenas exaltaban los ánimos, refiriendo que las *kubbas* de los santos del Islam habían hecho huir á los extranjeros; al sur de la Regencia, Ali-ben-Jalifa se ponía al frente de las tribus nómadas ó semi-nómadas; en Sfax, turbas de fanáticos obligaban á los habitantes á levantarse, y en Gabés, en el Arad, en el Djerid se lanzaba el grito de insurrección. Francia necesitó hacer preparativos para una nueva conquista.

La escuadra del Mediterráneo, mandada por el almirante Garnault, bombardeó á Sfax, y el diez y seis de Julio de mil ochocientos ochenta y uno, como la playa en la baja marea impidiese á los buques acercarse, desembarcaron tres mil soldados, que tomaron por asalto las murallas, las casas y la kasba. El almirante ocupó en seguida los demás puertos, Gabés, Sussa y la isla de Djerba. En el mes de Agosto, reforzadas las tropas expedicionarias con treinta y cinco mil hombres, pudo organizarse una expedición contra Kairuan, la ciudad santa, que se alza en la región de las estepas. Tres columnas fueron contra ella: partió la primera de Tebessa, á las órdenes del general Forgemol; de Túnez la segunda, dirigida por el general Logerot; de Túnez y de Sussa la tercera, capitaneada por el general Ettienne. El general Saussier ejercía el mando supremo de todas las fuerzas. Las tres columnas se encontraron delante de Kairuan á últimos del mes de Septiembre, y gracias á la prudencia del gobernador, Si Mohammed-el-Mrabet, la ciudad no se defendió. En el extremo sur, Ali-ben-Jalifa y las tribus que le seguían, comprendiendo serles imposible resistir á los franceses, pasaron á Trípoli. Más adelante, el cónsul francés en la Tripolitana consiguió que se sometieran.

Faidherbe, gobernador del Senegal, había trazado el plan de la expansión hacia el Este, es decir, más allá de las alturas que separan la cuenca del Niger de la del río que da su nombre á aquella región, y aunque debió dejar á otros el cuidado de proseguir la ejecución de sus proyectos, no cesó de ayudar á sus sucesores con sus consejos y su poderosa influencia. Después de Medina, fundada y defendida por Faidherbe contra el conquistador *tucolor*, El-Hadj-Omar, se plantaron otros jalones en el camino que conduce desde el alto Senegal al Niger superior, construyéndose en mil ochocientos setenta y nueve, en la confluencia del Bafing y del Bakhoi, el fuerte de Bafulabé. Empezaba á formarse por entonces en la orilla derecha del Niger, con Bissandugu (en el Uassulu) por capital, el imperio del almamy Samory, que alimentaba su ejército con la trata de negros,

y en la cuenca superior de dicho río subsistía, como resto del imperio fundado por El-Hadj-Omar, un Estado poderoso, que tenía por capital á Segu-Sikoro y estaba regido por un hijo de El-Hadj, llamado Ahmadu. Este último, que había ofendido gravemente á los extranjeros, asustado al saber que se aproximaba una columna francesa, consintió en firmar, el año de mil ochocientos ochenta y uno, un tratado, colocando «el Níger bajo el protectorado francés desde sus fuertes hasta Tombuctú, en la parte que baña las posesiones del sultán». Tal, al menos, decía el texto francés; el árabe, como luego se vió, difería bastante. Al año siguiente, el doctor Bayol imponía á los *almamys* de Futa-Djalon el protectorado de Francia, que Samory, batido por Borgmi-Deslordes y por Frey, aceptaba también en mil ochocientos ochenta y seis. En este año, los progresos de la colonización francesa fueron detenidos por el levantamiento que provocó, en la región misma del Senegal, Mahmadu-Lamine. El coronel Gallieni derrotó á Mahmadu en las dos campañas de mil ochocientos ochenta y seis y mil ochocientos ochenta y ocho, y aprovechóse de su triunfo para someter á la soberanía de su patria todas las tribus establecidas al sur del Senegal, hasta el Gambia inglés. De este modo quedaron unidas las posesiones francesas del Sudán con las del mismo país en el Caramance y el Salum, en la costa del Atlántico. Ahmadu reconoció solemnemente el protectorado de Francia en sus «Estados presentes y futuros», y Samory suscribió un nuevo convenio, confirmando el anterior y cediendo á la República la orilla izquierda del Níger hasta su confluencia con el Tinkso. Aguibu, hermano de Ahmadu y rey del Dinguiray, Tieba, rey del Kenedugu, los hámbara de Sokolo y los *moros embarek*, imitaron la conducta de sus conterráneos. El primero de Julio de mil ochocientos ochenta y siete, el comandante Caron se embarcaba en la cañonera *Níger*, descendía por el río de este nombre, pasaba bajo los muros de Ségu-Sikoro, reconocía el reino de Macina, que gobernaba Tidiani, primo de Ahmadu, y por fin, el diez y seis de Agosto fondeaba en Koriomé, á dos pasos de Tombuctú.

Ahadu y Samory no se mostraron muy escrupulosos en respetar los pactos concertados. La consecuencia fué que el coronel Archinard, en sus campañas de mil ochocientos ochenta y ocho, mil ochocientos noventa y uno y mil ochocientos noventa y tres, y los coroneles Humbert y Combes, en las de mil ochocientos noventa y uno y mil ochocientos noventa y tres, destruyeran sus imperios. Ahmadu se refugió en Macina, mató á su hermano Muniru, que había sucedido á Tidiani, y ocupó su lugar. Archinard le siguió hasta allí, obligándole á escapar; se apoderó de la capital de Macina, y proclamó sultán á su aliado el rey del Dinguiray. Samory, perdidos su arsenal, su tesoro y su harem, huyó hacia el sureste, en dirección de Sierra-Leona, en cuya frontera se detuvo. Con la destrucción de estos imperios se cuadruplicó la extensión del Sudán francés. Al mismo tiempo, atrevidos exploradores ganaban al protectorado de su patria nuevos territorios, celebrando convenciones con los jefes indígenas.

En mil ochocientos noventa y cuatro, Delcassé, ministro de las colonias de la República, resolvió, bajo el influjo de ciertas impresiones recogidas en la asamblea de diputados, poner término á la expansión colonial de África. En su virtud, suprimió el cargo de «comandante superior del Sudán»; llamó al coronel Archinard, y nombró á Grodet gobernador civil de las posesiones sudanesas. En estas, mientras tanto, se habían hecho preparativos para la conquista de Tombuctú; el nuevo gobernador tuvo conocimiento de ellos demasiado tarde, y dictó órdenes contradictorias é intempestivas. Las consecuencias fueron funestas. He aquí lo ocurrido. Por efecto de la ocupación del Macina, se había producido en Tombuctú y las localidades inmediatas, San, Baramandugu y otras, un movimiento de simpatía favorable á los franceses, cuya presencia en aquellos sitios era solicitada con insistencia por los naturales. En su vista, el teniente coronel Bonnier, comandante militar, decidió enviar á Tombuctú dos expediciones, una por tierra, siguiendo la orilla septentrional del Níger, y otra por este río, embarcada en piraguas y balsas, protegidas por las cañoneras. El teniente de navío Boiteux, conocedor del proyecto, se dirigió á Tombuctú con sus cañoneras, sin esperar ninguna orden. Bonnier entonces se encaminó también á dicho punto, en donde debía unírsele, según sus instrucciones, la columna Joffre, hacia el quince de Enero. Al llegar Bonnier á Tombuctú, supo por Boiteux, que estaba allí desde el quince de Diciembre anterior, el triste fin del alférez de navío Aube y de diez y nueve hombres más, que habían sido atacados de improviso por los tuaregs mientras verificaban un reconocimiento. Inquieto por la suerte de la columna, determinó salir á su encuentro con compañía y media de tiradores; pero hallándose en Gundam, á tres jornadas de Tombuctú, su escolta, compuesta de reclutas y falta de experiencia en la guerra, se dejó sorprender por tuaregs. Bennier, varios de los oficiales que le acompañaban y casi todos sus soldados, perecieron á manos de los asaltantes. En Francia, la noticia produjo vivísima emoción, anunciando Casimiro Perier, presidente del Consejo de ministros, que se mandarían refuerzos á África. «Francia, dijo, no retrocede ante un descalabro, por doloroso que sea». La República conservó á Tombuctú.

Samory, aunque fugitivo y reducido á la última extremidad, no se daba á partido. Sin embargo, acababa de ser derrotado en Koloni, cuando el desastre de Gundam inclinó al gobierno francés á suspender las operaciones dirigidas contra él. Con esto, el astuto y activo almamy tuvo tiempo de rehacer su tesoro y su ejército, merced al tráfico de esclavos, en que era tan ducho, y fué, por espacio de cuatro años, el azote de los pueblos que habían aceptado la protección de Francia. Por fin, en mil ochocientos noventa y ocho, esta potencia acordó obrar enérgicamente contra él. Antes, empero, quiso concluir con Babemba, aliado del almamy y sucesor de Tieba. Quince mil guerreros defendían á Sikasso, capital del Kenedugu; el teniente coronel Audéoud se presentó delante de dicha plaza, con mil cuatrocientos hombres, cercándola y tomándola por asalto, después de

sostener catorce combates: entre los muertos encontraron los vencedores al rey Babemba. Audeoud organizó enseguida una columna, al mando de Pineau, que el ocho de Junio entraba en Kong, capital de una rica comarca, caída en poder de Samory, recuperada por los franceses, vuelta á sitiar por el almamy y socorrida hacia poco por el comandante Caudreher. La columna Pineau, convenientemente reforzada, dió el ocho de Septiembre sobre un campo enemigo, haciendo veinte mil prisioneros, entre los cuales habia mil ochocientos sofas. El veintinueve del mismo mes, el teniente Jacquin y el sargento Bra-fieres sorprendieron otro campo, lo atravesaron á todo correr, con un puñado de hombres, y descubrieron al Samory, que estaba á la puerta de su tienda leyendo el Koran. El almamy no pudo huir, y hecho prisionero, fué conducido á San Luis, embarcado y deportado á N'Djol, en el Gabon. No le quedaba ya á la República francesa ningún enemigo temible en el Sudán.

Al concluirse la guerra franco-alemana, no poseían nuestros vecinos en la costa de Guinea sino algunas factorías, limitadas al litoral, ó pequeños territorios muy diseminados; pero, á partir de entonces, los trabajos de los exploradores franceses han ensanchado considerablemente los dominios de su patria tierra adentro, y diferentes convenios, celebrados con Alemania, Inglaterra y Portugal, han permitido, mediante la cesión de territorios ó la rectificación de fronteras, redondear y separar las posesiones de las cuatro potencias, que antes se cortaban y entrecruzaban formando como una red. El Estado más poderoso de la costa de Guinea era el Dahomey. A fuerza de violencias, de depredaciones, de matanzas, sus reyes, cuyas tumbas están en la ciudad santa de Cana, habían sometido las tribus de Bariba, Nago y Djedji. Allí, la religión, puramente fetichista, se confundía con la adoración del monarca. Ligados entre sí la superstición y el error, que era la única razón de Estado, creaban ó mantenían «las venerandas costumbres», es decir, las periódicas carnicerías, que convertían á la capital, Abomey, en un vasto osario. Este salvaje despotismo estaba sostenido por un ejército compuesto de tres mil «amazonas» y siete ú ocho mil guerreros á sueldo, que en caso necesario se reforzaba con una reserva y aun con la leva en masa. El Dahomey había cedido á Francia, en mil ochocientos setenta y seis, el puerto de Uidah, en la costa de los Esclavos, y confirmado, en mil ochocientos setenta y ocho, la cesión de Kotonu, verificada en mil ochocientos sesenta y cuatro. El protectorado de la República sobre Porto-Novo, que databa de mil ochocientos sesenta y tres, había sido reconocido nuevamente en mil ochocientos ochenta y tres. Cumpliendo lo prescrito en el artículo treinta y cinco de la conferencia, Francia estableció, en mil ochocientos ochenta y cinco, pequeñas guarniciones en Porto-Novo y en Kotonu. Glé-Glé, el rey de Dahomey, notificó á la República que consideraba caducada la convención de mil ochocientos setenta y ocho. Tal fué el motivo de la primera guerra entre el Dahomey y los franceses, que terminó con el tratado de tres de Octubre

de mil ochocientos ochenta y nueve, en que Behanzín ó Hosu-Buleé (rey-tiburón), que habia sucedido á Glé-Glé, reconocía los derechos de Francia al puerto de Kotonu y al reino de Porto-Novo, debiendo, en cambio, recibir de ella, por vía de indemnización, la suma de veinte mil francos anuales. Para Behanzin, esta cantidad era simplemente un tributo pagado por la República. Parecióle poca cosa en comparación de las ganancias que antes le proporcionaban las aduanas marítimas, y armando á su gente con fusiles de tiro rápido, que compró en las casas alemanas de Uidah, del Camerún y de Hamburgo, invadió en Enero de mil ochocientos noventa y dos las posesiones francesas, llevándose miles de cautivos. No contento con esto, dos meses después saqueaba los poblados de Porto-Novo. Francia se decidió á darle un golpe decisivo: mandó seis cruceros á la costa de los Esclavos, reforzó las guarniciones de Uidah y Kotonu, construyó barcos apropiados para surcar las lagunas marítimas y adoptó otras medidas. A los cuatro ó cinco meses de fecha, de doce mil guerreros (contando los de uno y otro sexo), que Behanzín tenia al principio de la guerra, quedábanle apenas dos mil. El rey-tiburón no trató de defender á Abomey, en donde el coronel Dods, que mandaba la expedición, entró sin disparar un tiro, proclamando la destitución de Behanzín y el protectorado de la República. Viendo la actitud amenazadora de sus propios súbditos, Behanzin se entregó á discreción: los franceses lo trasladaron á la Martinica, encerrándolo en un castillo. Dods agregó á la colonia la parte marítima del país conquistado, dividiendo el resto entre dos reyes vasallos: Ago-li-Agbo, al norte, en el Dahomey propiamente dicho, y Gi Gla-Nodon, al sur, en el antiguo reino de Allada.

En mil ochocientos ochenta, la *Sociedad francesa del Africa ecuatorial* y la *Compañía del Senegal* establecieron numerosas factorías en el golfo de Guinea. Entre ellas y las que allí tenia la *United african Company*, se entabló una competencia terrible. Inglaterra sostuvo resueltamente á sus nacionales, y los franceses abandonaron el campo. En mil ochocientos ochenta y cinco, la Gran Bretaña concedió un privilegio real á la *United Company*, y en mil ochocientos ochenta y siete proclamó el protectorado inglés sobre los territorios poseídos por ella, que forman un extenso imperio, comprendiendo los países de Benin, de Kalabar, el reino de Sokoto y la mayor parte de los Estados haussas.

En la orilla derecha del estuario del Congo, los franceses habian fundado, con cautivos rescatados de los negreros, la aldea de Libreville. La colonia careció de importancia durante muchos años, empezando á adquirirla cuando Saborgnan de Brazza, Ballay Marche y otros viajeros descubrieron, internándose en el país, la riqueza de aquellas regiones. Por aquel tiempo, Stanley amenazaba entregar toda el África central, ya á Inglaterra, ya á la «Asociación internacional africana», patrocinada por el rey de los belgas. Picado el amor propio de los franceses, el parlamento votó un crédito de cien mil francos para ayudar á Saborgnan de Brazza á completar sus exploraciones. De mil ocho